

MUCHOS refugiados recibían ahora en México unas cariñosas cartas de España, reveladoras del mundo que firmen ya algunas "colaboracionistas". Las cartas que estos recibían los refugiados de la familia decían que el aislamiento en que ésta vivía, los desconcertaba que se había llevado con personas obligadas a portarse bien con ella, la falta de ayuda que había encontrado en quienes nada podían tener del régimen. Erán unas cartas emocionadas, sobrias, sin ilusiones ni lamentaciones. Nuestra gente veía en estas de ejemplo, a prueba de decepciones y sufrimientos, y las familias procuraban ocultar las malas para no cargarle la vida al refugiado. A través de dichas cartas se sabía que la línea gruesa de amistad y de solidaridad lo recibían las familias, de otros perseguidos, de otros amigos que pedían las mismas precisiones y tenían que hacer frente a grandes dificultades. La mujer de un preso ayudaba a la madre de un familiar, y la hija de un desterrado le llevaba un poco de aceite o de pan a la hermana de quien estaba en un campo de concentración. No era posible explicarse cómo el que no tenía nada recibía ayuda del que tenía menos, pero las cartas de España nos hablaban entre líneas de ese continuo hilado de solidaridad. Nos da quien no hablaban las cartas era de ciertas personas, católicas o "colaboracionistas", obligadas por cualquier razón a hacer algo por la familia del refugiado que parecían no existir entonces. Algún refugiado pensaba: "Si don Fulano me acuerda de lo que hice yo por él, seguramente ayudará ahora a mi familia". Pero las cartas de España no decían nada que se acordaba don Fulano de aquello. ¿Qué se habla de acordar! Entonces creía don Fulano que era Hil-

ler quien iba a pasar la guerra y que tendríamos jaleos para rato. Don Fulano se hubiera comprometido pronto a visitar a la familia del preso o del refugiado y ofreciéndole alguna ayuda...

Ahora las cosas han cambiado y don Fulano ha visitado a la familia del preso o del refugiado. "Ayer tuvimos una gran sorpresa" —dice una carta de España—. Cuando ibamos a salir para visitar a los chicos del exilio, que continúan en el sanatorio, sin haber salido aún de la granada, se presentó en casa don Fulano, a quien no habíamos visto desde hace seis años. Nos preguntó por él con mucho interés, diciendo que él siempre le había apreciado mucho, pues él no era como los otros, y otra cosa hubiera sido el haber pasado como tú. Añadió que te estaba muy agradecido por aquello que hiciste por él, y aunque ahora que no tenemos nada, porque está seguro de que allí te habrán abierto caminos, y por eso no te habrás abierto nada antes, no le guardo ac-

ber que pasasen ningún apuro, pero en todo lo que él pueda está a tu disposición y me interesaría más que decir la cifra. Don Fulano supone que, de todas maneras, no tardaremos mucho en verte por aquí y dice que tiene muchas ganas de darte un abrazo y que se lo digamos cuando te escribamos, pero él siempre se ha interesado mucho por ti.

En otra carta aparece inesperadamente un caso don Fulano que también había desaparecido desde el año 38, esperando ahora en llevarse a una finca suya el chico pequeño del refugiado, a quien ha encontrado muy cambiado, pero algo polichicho.

—Este chico necesita unos días de campo y de comer bien —dice don Fulano, protector y benéfico—. Escríbele usted a su padre que me lo lleve un día o mi finca... Y ya sabes, todo lo que necesites de mí!

Un tercer don Fulano, que ha sustituido a un refugiado en el cargo que desempeñaba, le anuncia a su familia que está pensando que regrese de México para que vuelva a ocupar la misma plaza y tenerlo otra vez como jefe.

Hay el don Fulano, casero, que antes quería echar del piso a la familia y ahora estaba dispuesto a su padre el recibo del alquiler; y el don Fulano de la tienda, que se extraña de que no voyan a comprarle, aunque no tengan para pagar. "Ya nos arreglaremos cuando vuelvas él! Todo lo que hay en mi casa es de ustedes"; y el don Fulano que "acordará" unos libros y unos papeles del preso o del refugiado y que los guarda con gran cuidado para devolvérselos cuando regrese, que supone será pronto; y el don Fulano que antes robaba la cara y fingía no ver a nadie, y ahora

de una vez se emborracha impenitente; y el don Fulano que ya tiene un negocio pensando, por sí le interesa al que está fuera...

¡Escríbele don Fulano! ¡Como será las cosas allí para sentirse ahora tan despreciado y recordar con tanto cariño una vida perdida, antes olvidada!

Hasta los habidos un don Fulano, cura de pueblo, desentado y corajudo, que ha dicho a una familia que el muchacho mucho para que pudiera volver pronto al refugiado, y que tenía la seguridad de que Dios le curía.

¡Cuántos amigos imperdonables nos vamos a encontrar cuando volvamos! ¡Cuántos amigos "viejos amigos"! Acuérdese a abrazarnos antes que los demás, antes que los amigos de verdad, los que no dejaron de serlo en ningún momento, los amigos de 1940, los pocos que se acordaban de nosotros, los que compartían persecuciones y calumnias y experimentaron con los nazis. Estos no necesitan decirnos nada. Todo nos lo habremos dicho sin palabras cuando nos volvamos a ver. Pero don Fulano tendrá que contarlos muchos cosas y explicarles que contamos muchos cosas y explicarles lo mucho que se preocupó de nosotros. ¡Vaya, vaya, con don Fulano, qué buen amigo nos resultó!

Si los refugiados siguen recibiendo cartas de casa con ofrecimientos y recuerdos de don Fulano, a mí no me trataría nada que dentro de poco recibiera don José Giral una carta del propio Franco, diciéndole que si él está al frente del gobierno en España no es con mala intención, y que si ocupó a la jefatura del gobierno fue precisamente con objeto de que no se apoderara otros de ella y podría guardar para cuando don José quiera volver, que —esperará el "generalísimo"— no ha de tardar ya mucho tiempo.

A. R. C. E.
SIG.: 1.2G/1182.

8
12 Ene 46